

“Un encuentro casual”

Seudónimo: Íbero.

Aquel día del invierno vencido, al final de la jornada, el azar se precipitó. Él, un hombre invisible y callado para el mundo de fuera, vivía con paciencia los meses que le faltaban para su jubilación, casi una vida condenado al ajetreo cambiante de rostros en otros rostros, fundido en distintas personalidades, un actor de función continua sin público que le aplaudiera. El tiempo que jamás se ha detenido le ha hecho aceptar las continuas metamorfosis que aguijonaban: su verdadera personalidad, le fraguaba su templanza, le zarandeaba su sistema nervioso y le quitaba el sueño. Ahora, no guarda rencor, solo desea romper el largo anonimato.

Ensimismado en la máscara de Jacinto, llegó a la modesta habitación del hotel, estaba a punto de colgar la chaqueta en el armario, cuando unos pasos le dejaron parcialmente inmovilizado, no había visto a la mujer entrar. Ella, con toda naturalidad depositó su maleta en la cama contigua, liberó en un gesto inconsciente la melena larga y rubia, su cuerpo ceñido al vestido rojo cargaba de erotismo el espacio que le rodeaba.

Jacinto no daba crédito, a la visión que tenía ante sus ojos. El no tener sentido le producía una inquietud inusual. Las puertas entre abiertas del armario, le proporcionaba una invisibilidad ficticia y una seguridad aparente, con un mínimo movimiento tanteó la cartuchera con la pistola y un alivio corrió por sus venas. Ella, inmune al extraño, parecía no darse cuenta de su presencia, comenzó a alisarse su larga cabellera, mientras miraba por la ventana la ventisca helada que azotaba el exterior del hotel del altiplano granadino.

Él la contemplaba y la sentía, quieto, agazapado en su escondite improvisado, durante minutos que no pasaban. Todo tan extraño que se asemejaba a un juego o un desafío, donde nadie rompía el silencio.

La mujer todavía sin nombre, todavía sin rostro, transfiguraba el reducido espacio de la habitación. La extinta luz filtrada del ocaso desnudaba un cuerpo en una armonía sensual, su forma estilizada, hombros desnudos, una piel suave aterciopelada, de una belleza flotante y atrayente de una dama edad madura.

Ella giro la cabeza y sorprendió al hombre estatua que la contemplaba, no puso cara de espanto y una dulce sonrisa se dibujó en sus labios. Jacinto, descolocado, se sintió un intruso en su propio cuarto y con una ingenuidad desconocida, le dijo:

- Es mi habitación.

De un silencio a otro silencio, de una mirada a otra mirada, ambos congelados en una situación de bloqueo. Al final, la mujer aspiró el aire cargado de incertidumbre y cerró con delicadeza la maleta, irguió su cuerpo y salió de la habitación respondiéndole con un dulce acento francés: - Je suis desolé. (Lo siento). Cruzó el estrecho pasillo a la habitación de enfrente.

Con el aire aún impregnado de su perfume, Jacinto se quedó pensativo mirando el atardecer gris, el frío parecía más intenso disuelto en la fina niebla que empezaba a cubrir el árido paisaje de Baza.

Él no entendía, la súbita aparición, aún le resonaba el eco vibrante de su voz y giraba en su mente como un torbellino la frase: “No es casual, el error de habitación”.

Sentía que se ahogaba, le angustiaba el cuarto pero la noche cerrada no aconseja. Logró desechar esos pensamientos y bajó las escaleras. Al entrar en el comedor del hotel, le cautivó la decoración marinera de sus paredes, le resucitó el recuerdo de su tierra gaditana.

Una voz femenina le llamó la atención. - ¡Jacinto, acompáñame en la mesa!

Allí, estaba ella, sentada en su propia soledad. Él la miró con la misma mirada de seriedad que desenterraba su contrariedad. ¿Cómo podía conocer su nombre? ¿Hablaban español?

Sonreía muy suavemente, la seda azul de su nuevo traje tenía una tierna palpitación ante la pálida luz de la mesa, el cabello recogido en una graciable cola, su cuello desnudo rebelaba un collar con un colgante prendido que daba paso a unos pechos atrayentes y sensuales. Le pareció una mujer de belleza exuberante que rondaría los sesenta.

– Reciba mis más sinceras disculpas, por favor le invito a compartir la cena, si es tan amable. Le saludo ella, cordialmente.

Sin tregua alguna, rompió el hielo: - Mi nombre es Alba y soy española.

– No hace falta que me presente, ya que conoces mi nombre y no debó tener secreto para usted. Jacinto, le contestó con un tono franco con una pizca de ironía. Sus años en el servicio secreto le enseñaron a dejarse llevar y a conservar la paciencia.

Alba, comenzó a deshilar su vida con una familiaridad, en una conversación fluida y sin cortedad, como si fueran amigos que hacía tiempo que no coincidían. Ella, a veces transparente, a veces opaca, en su monólogo. Jacinto, la observaba como sus ojos brillantes se dilataban y contraían, con la intensidad de los acontecimientos que relataba

de su vida. Aquella mujer sentada enfrente, relataba con pasión la ajetreada existencia vivida desde corresponsal de guerra en Oriente Medio, hasta ahora novelista.

A él le gustaban las `personas que ven la vida con ojos distintos a los demás, que en realidad son diferentes a la mayoría.

Alba, extendió su brazo sobre la mesa y cogió la mano de Jacinto. Ella, le miró directamente a los ojos:

- ¿Qué queda de aquel lobo infiltrado?

A Jacinto, el pulso se le aceleró y no pudo evitar que una sonrisa mansurrona se le dibujara en los labios. Pensó: ¡Más directa no podía ser! ¡Cómo una desconocida en un paraje remoto, conocía su pasado! En su silencio impuesto, esperó a que ella abriera su muro.

- Mi querido colega, la vida es arbitraria y caprichosa. Entonces eras un joven capitán, moreno, de bigote poblado y media melena. Carlos era tu nombre de agente infiltrado en los años duros de la lucha antiterrorista. Reconozco que te conservas muy bien, has madurado tu atractivo seductor.

- En aquel tiempo, trabajaba para el Mossat israelita, en el terrorismo en Europa, cuando descubrimos que la organización terrorista ETA, te había descubierto como agente infiltrado y la ejecución era inminente.

Alba, disfrutaba viendo la cara de circunstancias que ponía Carlos, le gustaba jugar, con su instinto femenino provocador, coqueto y picarón, le llenó la copa, saboreando como a él, le brillaban los ojos de asombro.

-¡Bridemos! Por aquella noche que irrumpí en tu apartamento de Hendaya, te saqué en pijama, te introduje en un coche y partimos rumbo a París.

En la sala sonó el choque de dos copas y el latido de dos corazones, fugitivos que an vuelto a encontrarse.